

1 CAPÍTULO

ME SERÉIS TESTIGOS

Hechos 1

"Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta lo último de la tierra" (Hech. 1:8).

Las modernas series de televisión a menudo terminan un episodio con una vista anticipada del siguiente, y ese episodio generalmente comienza con un breve repaso del capítulo anterior. Lucas usa este enfoque cuando anticipa el libro de los Hechos en los párrafos finales de su Evangelio. Informa de las apariciones de Jesús a sus discípulos posteriores a la resurrección; sus instrucciones finales a ellos; la promesa del Espíritu Santo; y su partida hacia el cielo (Luc. 24:36-53). Luego comienza el libro de los Hechos con un informe similar (Hech. 1:2-14). Sin embargo, en Hechos, Lucas va más allá de sencillamente narrar los hechos, y establece la perspectiva de lo que sigue, incluyendo la realidad de que los discípulos no comprendieron la misión de Jesús, la promesa de su retorno, y el plan para llevar el evangelio "hasta lo último de la tierra" (vers. 8).

LA RESTAURACIÓN DE ISRAEL

De acuerdo con Lucas, el principal tema que trató el Cristo resucitado durante los cuarenta días que permaneció con los discípulos fue la naturaleza del Reino de Dios (1:3). Hasta ese momento, ellos no habían podido encontrar sentido a la Cruz, y a pesar de todos los esfuerzos de Jesús por advertirles de la suerte que lo esperaba (Mat. 16:21), ninguno de ellos esperaba que él muriera (vers. 22,23). Esperaban un reino literal sobre la Tierra, no la salvación de la humanidad y el restablecimiento del reinado

espiritual de Dios sobre la Tierra (Mat. 4:17,23). Cuando dejaron todo para seguir a Jesús, ellos creían que él era el Mesías (Juan 1:41). Sin embargo, en sus mentes, consideraban al Mesías como un rey guerrero, que los liberaría de los romanos y restauraría a Israel a su gloria pasada.

Esta idea era típica del judaísmo del primer siglo. Aunque el término Mesiah aparece solo dos veces en el Antiguo Testamento (Dan. 9:25,26), el concepto de una figura mesiánica como agente de liberación es ineludible. Algunas veces se presenta al Mesías tranquilamente como alguien que restauraría la condición edénica que se perdió en la Caída (Isa. 11.6-9), o como un nuevo Moisés que guiaría a Israel en un segundo Éxodo mayor (Isa. 51:9-11). En el caso de Moisés, su propia profecía muestra claramente que él entendía que vendría un profeta nuevo (Deut. 18:15-19).

En lo que concierne a referencias explícitas, los conceptos mesiánicos más destacados son los referidos al rey Davídico que establecería su trono y gobierno para siempre (Sal. 2:6-9) y el del Siervo Sufriente, que sería rechazado y moriría por los pecados del pueblo (Isa. 52:13-53:12). Aunque tales profecías parecen contradictorias, sencillamente indican las dos fases consecutivas de la obra del Mesías: primero sufriría, y luego llegaría a ser Rey (Luc. 17:24,25; 24:25-27,44-47).

Desgraciadamente, los judíos permitieron que la idea de un Mesías Rey que traería liberación política oscureciera el concepto de un Mesías sufriente que traería liberación espiritual. Por supuesto, el reinado del Mesías no sería político, en el sentido secular de la palabra, porque se refiere a la erradicación del pecado y el restablecimiento del reinado de Dios en el universo. Por esto Jesús dijo a Pilatos: "Mi reino no es de este mundo" (Juan 18:36).

Por esto, no es difícil de comprender por qué los judíos estaban confundidos acerca del Mesías. Desde la caída de Jerusalén ante los babilonios en 586 a.C., raras veces habían gozado de libertad política. Aun cuando la tuvieron -durante el período Asmoneo (142-63 a.C.)-, los ocupantes del trono pertenecían a la descendencia de los levitas, y no de David, lo que significaba que no tenían el derecho tradicional de reinar (Gén. 49:10, 2 Sam. 7:16).

Debido a su liderazgo exitoso durante la revuelta macabea contra los seléucidas (comenzando en 167 a.C.), los levitas se apropiaron no solo del reinado, sino también del sumo sacerdocio. Su búsqueda del sacerdocio era ilegítima, porque no pertenecían a la casa de Sadoc, quien era sacerdote en tiempos de David (2 Sam. 15:24-29). Los descendientes de Sadoc recibieron el monopolio del sacerdocio (1 Rey. 2:26,27,35; 1 Crón. 27:17), y la combinación de reinado y sumo sacerdocio de parte de la familia asmonea solo intensificó el deseo de diversos judíos por tener un rey davídico. Estas circunstancias condujeron a los esenios, un grupo judío conservador, a abandonar Jerusalén y establecerse en el desierto, cerca del Mar Muerto. Aquí esperaron con ansiedad al venidero Mesías Sacerdote que restauraría el sacerdocio sadoquita.

Desde el exilio babilónico, los judíos anhelaron más que nunca un Mesías Rey. La continua opresión y humillación por parte de los poderes extranjeros alimentaron sus ideales nacionalistas y distorsionaron su expectativa mesiánica. Esto explica por qué Jesús evitó totalmente el término Mesías y advirtió a sus discípulos que no compartieran su identidad mesiánica con otros (Mar. 8:27-30). En solo tres ocasiones Jesús reconoció explícitamente ser el Mesías: en Samaría, fuera de las fronteras judías (Juan 4:25,26), a los Doce, solo unos pocos meses antes de su muerte (Mat. 16:13-20), y ante el Sanedrín, el día mismo de su muerte (Mar. 14:60-63). Él entendió que era poco sabio usar el término, por causa de su connotación política y de servicio propio.

Esto está ilustrado en la alimentación de los cinco mil (Juan 6:1-15). Que la multitud quisiese hacer rey a Jesús muestra que pensaron en él de manera mesiánica, con los mismos intereses de corto alcance acerca del Mesías que prevalecían en el judaísmo contemporáneo. Veían en él a quien podía dirigir una revuelta en contra de los romanos, alimentar a la tropa, sanar a los heridos y libertar la tierra de los odiados invasores (vers. 14,15). Solo querían usarlo para perseguir sus propios fines (vers. 26); de modo que él se fue a la montaña.

Aun los dirigentes religiosos adherían al mismo concepto equivocado. Reconociendo el carisma de Jesús y su reputación mesiánica entre el pueblo, temieron que él empeoraría la situación política, atrayendo la furia de los romanos y produciendo, así, la destrucción de Jerusalén (Juan 11:47-50; 19:12). Siendo que, en su concepto, Jesús no tenía credenciales

mesiánicas, lo consideraban un impostor, como varios otros en la historia judía reciente (Hech. 5:36,37).**1**

Entonces no sorprende que los discípulos alimentaran ideas equivocadas acerca de Jesús. Creían sinceramente que Jesús era el Mesías de Israel, y estaban preocupados acerca de cuál de ellos se sentaría a cada lado de él en el Reino (Mar. 10:35-37). De este modo, cuando Jesús murió, su chasco no podría haber sido mayor. Sus sueños de gloria yacían destrozados, y con gran tristeza clamaron: "Pero nosotros esperábamos que él fuera el que había de redimir a Israel" (Luc. 24:21). El yugo romano permanecía, y "sus expectativas de un Mesías que debía asumir el trono y el poder real", dice Elena de White, "habían sido engañosas".**2**

La muerte de Jesús fue un golpe devastador para los discípulos. Pero la resurrección despertó sus expectativas políticas hasta niveles sin precedentes. ¡Finalmente, el Reino mesiánico por largo tiempo esperado se establecería! Su pregunta en Hechos 1 acerca de restaurar el reino de Israel muestra que todavía estaban confundidos. Aun después de su resurrección, continuaban pensando políticamente.

En su respuesta a la pregunta sobre su Reino, Jesús intencionalmente dejó el problema sin resolver. No rechazó la premisa detrás de la pregunta de los discípulos de un reino inminente, ni la aceptó; solo les recordó que el tiempo de los actos de Dios pertenecen solo a él mismo y, como tal, es inaccesible a los seres humanos (Hech. 1:7). En este contexto Jesús debió haberles explicado una vez más la verdadera naturaleza de su misión mesiánica (Luc. 24:44). Ellos estaban familiarizados con las profecías, pero sus mentes se habían "formateado" para pensar en el Mesías como un gobernante terrenal. Ahora pudieron captar una nueva comprensión de lo que los profetas habían escrito, y entendieron el Reino bajo una nueva luz, una luz procedente de la tumba vacía (vers. 46).

LA MISIÓN DE LOS DISCÍPULOS

Lo que vino después fue las instrucciones de Jesús con respecto al propósito último del llamado de los discípulos (Hech. 1:8). Es claro que la especulación cronológica acerca del Reino mesiánico (vers. 6,7) debía ser reemplazada con dar testimonio en Jerusalén, Judea, Samaría y por todo el

mundo. Este enorme cambio en el plan de Dios para Israel encapsulaba cuatro puntos importantes con respecto a la misión de los discípulos.

1. *El don del Espíritu.* En un notable pasaje, Josefo afirma que en el sitio de Jerusalén en el año 70 d.C. hubo tantas cruces fuera de los muros que difícilmente cabía una más. La referencia es a centenares de judíos que fueron capturados y crucificados sin misericordia cada día mientras trataban de escapar de los horrores del hambre y la desesperación dentro de la ciudad.³ En otro pasaje, describe cómo Quintilius Varus, gobernador romano de Siria, en el año 4 a.C. crucificó a dos mil judíos que estaban peleando por liberarse del yugo romano.⁴

Hubo miles de otras crucifixiones durante este período de la historia, así que, es razonable preguntar: ¿Qué hace que la cruz de Jesús se distinguiera de todas las demás? La respuesta es la actividad del Espíritu Santo. El Espíritu es el poder real detrás del evangelio (1 Cor. 2:12,13); y sin él, la cruz de Jesús hubiera sido solo una entre muchas en el mundo antiguo; no hubiera tenido importancia redentora. Nadie sería atraído a ella. No habría convicción de pecado, ni conversión, ni transformación del corazón ni vida santificada. La iglesia no existiría, el Reino de Dios no se habría establecido, y nadie sería inspirado a predicar el evangelio.

Por lo tanto, la misión de los discípulos dependía enteramente de la intervención del Espíritu. Por esto era necesario el Pentecostés. Era la victoria de Jesús sobre la Cruz la que concedió a Dios autoridad para enviar el Espíritu en una medida plena, como nunca. Y fue el Espíritu quien, por medio de la predicación apostólica, revelaría todos los beneficios de la Cruz a un mundo perdido (vers. 7-13).

2. *El rol de los testigos.* Jesús eligió a doce discípulos para trabajar con él y testificar de su ministerio (Mat. 11:1). En unos pocos breves años, ellos observaron milagros, escucharon sermones y se maravillaron por su amor. Por sobre otros, estuvieron calificados para dar un informe de primera mano de lo que habían visto, oído y experimentado durante su tiempo

con el Maestro (1 Juan 1:1-3). Jesús los llamó "apóstoles" (del griego, apostillo, "enviar") (Luc. 6:13) y los comisionó para compartir el evangelio, las buenas noticias de que el perdón y la salvación están disponibles por medio de Jesucristo, y solo por medio de él, a todo aquel que creyere (Hech. 4:12).

Ellos todavía tenían mucho que aprender acerca del plan de salvación, y los cuarenta días que Jesús pasó con ellos después de su resurrección fueron cruciales para su comprensión de que su muerte no estaba en conflicto con su identidad mesiánica. Cristo desvió su preocupación por el tiempo en que establecería su Reino, aunque la promesa que hicieron los ángeles de la segunda venida de Jesús (Hech. 1:11) y el Pentecostés mismo (Hech. 2) debieron haber fortalecido naturalmente su expectativa de su proximidad. Una lectura cuidadosa de los Hechos muestra que a los discípulos les llevó tiempo conciliar su esperanza del pronto regreso de Jesús con la idea de una misión a todo el mundo. Pero resultó que Pablo, y no alguno de los Doce, fue quien desarrolló los primeros esfuerzos sistemáticos por evangelizar el mundo gentil.

3. *El plan de la misión.* Los discípulos debían presenciar primero en Jerusalén, luego en Judea y Samaria, y finalmente en "los confines de la tierra", una expresión tomada de Isaías 49: 6 que simplemente significa el mundo entero. Era un plan progresivo que comenzó en Jerusalén, el centro de la vida religiosa judía y el lugar donde Jesús había sido condenado y crucificado. Judea y Samaria eran áreas vecinas donde Jesús también había ministrado (Juan 3:22; 4: 1-42), y la familiaridad con su vida y sus enseñanzas probablemente haría que las personas se volvieran más receptivas al mensaje del Evangelio. En el caso de los samaritanos, hubo muchos puntos de contacto entre su religión y la de los judíos. Compartieron la esperanza de un Mesías, a quien llamaron Taheb ("Restaurador"), una figura profética como Moisés (véase Deuteronomio 18: 15-18), quien traería un nuevo orden de cosas, rezaría por los culpables y los salvaría.⁵ Pero los discípulos no debían limitarse a Palestina. El alcance de su misión fue mundial, cumpliendo la promesa de Dios a Abraham (Génesis 12: 3, 18:18, 22:18). La

difusión del evangelio, como se registra en Hechos, refleja claramente el plan descrito en Hechos 1: 8.

4. La orientación de la misión. El patrón centrífugo de la misión de los discípulos era exactamente opuesto al del antiguo Israel. En el Antiguo Testamento, las naciones vecinas se sentirían atraídas por Dios a través de Israel. No había una dirección explícita para que Israel llevara a Dios a las naciones. El patrón de misión era centrípeto, como lo demuestra la oración dedicatoria de Salomón para el templo: "Ven y mira lo que Dios ha hecho" (1 Reyes 8: 41-43, ESV).⁶ La historia de Jonás, y algunas otras excepciones, no invalidan esta regla general (Isaías 2: 2-4).

Hechos y el plan de la misión

1: 1-7: 60 Testimonio en Jerusalén

1: 1-2: 47 El comienzo de la iglesia

3: 1-7: 60 La iglesia en Jerusalén

8: 1-11: 18 Testificar en Judea y Samaria

8: 1-9: 43 La iglesia comienza a expandirse

10: 1-11: 18 La inauguración de la misión gentil

11:19-28:31 Testimoniar hasta los confines de la tierra

11: 19-14: 28 La misión en Chipre y el sur de Galacia

15: 1-35 La discusión acerca de los gentiles en la iglesia

16: 6-18: 17 La misión en Macedonia y Acaya

18: 18-20: 3 La misión en Asia

21: 1-28: 31 El arresto y encarcelamiento de Pablo en Cesarea y Roma.

Ahora la estrategia era diferente. Al renunciar a la teocracia (Juan 19:14, 15)⁷, el Israel nacional ya no sería el agente por el cual el plan de salvación de Dios sería transmitido al mundo; los mensajeros serían aquellos que creyeron en Jesús, independientemente de su etnia (véase 1 Pedro 2: 9, 10). Fue un cambio sísmico misional. Jerusalén todavía era el centro; pero en lugar de permanecer y echar raíces allí, se esperaba que los discípulos se mudaran a los últimos diez confines de la tierra.

OBSERVACIONES FINALES

Al completar las instrucciones a los Doce, era hora de que Jesús regresara al cielo y cediera ante el Espíritu Santo. Mientras sus seguidores se preparaban para Pentecostés, estaban juntos en Jerusalén, esperando en oración por ese gran evento (Hechos 1:14). Pronto comenzaría una nueva era en el plan redentor de Dios, una era en la cual las buenas nuevas del evangelio serían llevadas al mundo entero en preparación para el establecimiento completo de la realeza de Dios (Mateo 24:14). El tan esperado reino mesiánico, cuya legitimidad fue vindicada en la cruz, finalmente se revelaría en la plenitud de su gloria y poder (Lucas 21:27). El Mesías reinaría para siempre (Apocalipsis 11:15).

1. See Lester L. Grabbe, *An Introduction to First Century Judaism: Jewish Religion and History in the Second Temple Period* (Edinburgh: T&T Clark, 1996), 53-72.
2. Ellen White, *The Desire of Ages* (Oakland, CA: Pacific Press, 1898), 799.
3. Josephus, *The Jewish War* 5.11.1.
4. Josephus, *The Antiquities of the Jews* 17.10.10.
5. See Louis H. Feldman, *Josephus's Interpretation of the Bible* (Berkeley, CA: University of California Press, 1998), 397n47.
6. George W. Peters, *A Biblical Theology of Missions* (Chicago: Moody Press, 1972), 21.
7. See White, *The Desire of Ages*, 737, 738.